

## ORIGEN

*Pigritia* es una palabra terrible.

Engendra un mundo: el *piger*, ó sea el robo; y un infierno, el *pigror*, ó sea el hambre.

Es decir, que la pereza es una madre.

Tiene un hijo, el robo; y una hija, el hambre.

¿En dónde estamos en este momento? En el caló.

¿Y qué es el caló? Es todo á la vez; nación é idioma; es el robo bajo dos especies: pueblo y lengua.

Cuando hace treinta y cuatro años el narrador de esta grave y sombría historia introducía en un libro, escrito con el mismo objeto que éste (1), un ladrón hablando caló, se suscitó un asombro y un clamor.—¡Qué! ¡Cómo! ¡El caló! ¡El caló es horrible! Es la lengua de la chusma, del presidio, de las cárceles, de todo lo más abominable de la sociedad, etcétera, etc.

Nunca hemos comprendido este género de objeciones.

Después, dos grandes novelistas, de los cuales uno es un profundo observador del corazón huma-

(1) *El último día de un reo de muerte.*

no, y el otro un intrépido amigo del pueblo, Balzac y Eugenio Sué, han hecho hablar á los bandidos en su lengua natural, como lo había hecho en 1828 el autor del *Último día de un reo de muerte*, y se han suscitado las mismas reclamaciones. Se ha repetido: —¿Qué quieren los escritores con esa repugnante jerga? ¡El caló es horrible! ¡El caló hace estremecer! ¿Quién lo niega? Sin duda.

Cuando se trata de sondar una llaga, un abismo ó una sociedad, ¿desde cuándo es una falta descender demasiado, ir al fondo? Muchas veces hemos pensado que esto era un acto de valor, y por lo menos una acción inocente y útil, digna de la atención simpática que merece el deber aceptado y cumplido. ¿Por qué no se ha de explorarlo todo y no se ha de estudiar? ¿Por qué se ha de detener uno en el camino? El detenerse corresponde á la sonda, no al que sondea.

Ciertamente que ir á buscar en la última capa del orden social, allí donde concluye la tierra y empieza el fango; registrar en aquellas aguas espesas; perseguir, coger y arrojar palpitante á la superficie este idioma abyecto que gotea lodo sacado á la luz; este vocabulario pustuloso, en que cada palabra parece un anillo inmundo de un monstruo del cieno y de las tinieblas, no es ni una empresa cómoda, ni seductora.

Nada es más lúgubre que contemplar así desnudo, á la luz del pensamiento, el hormiguero terrible del caló. En efecto: parece que es una especie de horrible fiera hecha para vivir en la noche y que se ve arrancada de su cloaca. Se cree ver una horrible maleza viva y erizada que tiembla, se mueve, se agita, pide volver á la sombra, amenaza y mira. Tal palabra parece una garra; tal otra un ojo apagado y sangriento; tal frase parece moverse como la tenaza de una langosta. Todas viven con esa vida repug-

nante de las cosas que están organizadas en la desorganización.

Pero ¿desde cuándo el horror excluye el estudio? ¿Desde cuándo la enfermedad rechaza al médico? ¿Qué se diría de un naturalista que se negase á estudiar la víbora, el murciélago, el escorpión, el cienpiés, la tarántula y que los rechazase á las tinieblas diciendo: ¡Oh, qué fealdad! El pensador que se alejase del caló se parecería á un cirujano que se apartase de una úlcera ó de una verruga: sería un filólogo dudando examinar un hecho de la lengua; un filósofo dudando analizar un hecho de la humanidad. Porque, y es preciso decirlo á los que lo ignoran, el caló es, al mismo tiempo, un fenómeno literario y un resultado social. ¿Qué es el caló propiamente dicho? El caló es la lengua de la miseria.

Aquí podría interrumpirnos alguno; puede generalizarse el hecho, lo cual muchas veces es un medio de atenuarlo; puede decirnos que todos los oficios, todas las profesiones, y, casi podría añadirse, todos los accidentes de la jerarquía social y todas las formas de la inteligencia, tienen su caló especial: el comerciante, que dice: *Montpellier disponible; Marsella, buena calidad*; el agente de cambio, que dice: *cargo, prima, á la par*, el jugador, que dice: *tercio y todo, fallo á espadas*; el ujier de las islas normandas, que dice: *el feudatario, deteniéndose en su fundo, no puede reclamar el fruto de este fundo durante el embargo hereditario de los inmuebles del renunciador*; el zarzuelista, que dice: *han hecho bailar al oso* (1); el cómico, que dice: *tengo un caballo blanco*; el filósofo, que dice: *triplicidad fenomenal*; el cazador, que dice: *la res está encamada*; el frenólogo, que dice: *amatividad, combatividad, secretividad*; el sol-

(1) Han silbado la comedia.

dado de infantería, que dice: *mi tambor*; el soldado de caballería, que dice: *á media rienda*; el maestro de esgrima, que dice: *tercera, cuarta, á fondo*; el impresor, que dice: *atanasia*; todos, impresor, maestro de esgrima, soldado de caballería ó de infantería, músico, frenólogo, cazador, filósofo, cómico, zarzuelista, portero, jugador, agente de cambio y comerciante, todos hablan en caló.

El pintor, que dice: *el ambiente del cuadro*; el escribano, que dice: *he dejado el crimen*; el peluquero, que dice: *á media melena*, el zapatero, que dice: *tapas*, hablan caló. En rigor, y si se quiere, absolutamente todos esos modos de decir la derecha y la izquierda; el marinero, *á babor y á estribor*; el maquinista, *lado del patio y lado del jardín*; el perrero, *lado de la Epístola y lado del Evangelio*, son caló. Hay caló de monas, como hay caló de sabidillas. El palacio de Rambouillet, es decir, la aristocracia y el lujo, confinaba con la Corte de los milagros; es decir, con la pobreza y el vicio. Hay caló de duquesas, como demuestra la siguiente frase, escrita en un billete amoroso por una gran señora de la Restauración: «Hallaréis en esas chismeras una porción de razones para que yo me libertice.» Las cifras diplomáticas son caló. La Chancillería romana, diciendo 26 por Roma, *grkztntgxyal* por envío, y *abfxust-grnogrku tu xi* por duque de Módena, habla caló. Los médicos de la Edad media que por decir zanahoria, rábano y nabo, decían: *opoponach, perfroschinum, reptitalmus, dracatholicum angelorum, postmegerorum*, hablaban caló. El fabricante de azúcar, que dice: *moscabada, terciada, bastarda, común, tostada, clarificada*, este honrado industrial habla caló. Una escuela de crítica, que decía hace veinte años: «La mitad de Shakespeare es un juego de palabras y retruécanos,» hablaba caló. El poeta y el artista que

con profundo sentido calificaron al señor de Montmorency de «un ciudadano» si no hubiese sido muy entendido en versos y estatuas, hablaron en caló. El académico clásico que llama á las flores, *Flora*; á los frutos, *Pomona*; á la mar, *Neptuno*; al amor, *los fuegos*; á la belleza, *los atractivos*; á un caballo, *un corcel*; á la escarapela blanca ó tricolor, *la rosa de Belfona*; al sombrero de tres picos, *el triángulo de Marte*; ese académico clásico habla caló. El álgebra, la medicina, la botánica tienen su caló. El lenguaje que se emplea á bordo, ese admirable lenguaje de la mar, tan completo y tan pintoresco, que han hablado Juan Bart, Duquesne, Suffren y Duperré, que se mezcla con el silbido de las cuerdas, con el ruido de la bocina, con el choque de las hachas de abordaje, con el vaivén, con el viento, con la ráfaga, con el cañón, es un caló heroico y brillante, que es, al terrible caló de la miseria, lo que el león al chacal.

Sin duda. Pero, digase lo que se quiera, este modo de comprender el caló tiene una extensión que no admitirá todo el mundo. En cuanto á nosotros, conservamos á esta palabra su antigua acepción precisa, circunscrita y determinada, y limitamos el caló al caló. El caló verdadero, el caló por excelencia, si es que estas dos palabras pueden reunirse, el caló inmemorial no es, lo repetimos, más que la lengua fea, inquieta, socarrona, traidora, venenosa, cruel, tortuosa, vil, profunda, fatal de la miseria.

Hay en el extremo del envilecimiento y del infortunio una última miseria que se rebela y que se decide á entrar en lucha contra el conjunto de los hechos felices y de los derechos reinantes; lucha horrible que, ora astuta, ora violenta, feroz y malsana á la vez, ataca el orden social á alfilerazos por medio del vicio, y á estocadas por medio del crimen. Para las necesidades de esta lucha, la mise-

ria ha inventado una lengua de combate, que es el caló.

Hacer sobrenadar y conservar sobre el olvido, sobre el abismo, aunque no sea más que un fragmento de una lengua cualquiera que ha hablado el hombre y que de otro modo se perdería; es decir, uno de los elementos, buenos ó malos, de que se compone ó que complica la civilización, es aumentar los datos de observación social, es auxiliar á la misma civilización. Este servicio le ha hecho Plauto, queriéndolo ó no, haciendo hablar el fenicio á dos soldados cartagineses; este servicio le ha hecho Molière, haciendo hablar el levantino y toda clase de patuá á muchos de sus personajes.

Aquí vuelven á suscitarse las objeciones; el fenicio ¡magnífico!, el levantino ¡bueno!, el patuá ¡pase!, son lenguas que han pertenecido á naciones ó provincias; pero el caló, ¿para qué queréis conservar el caló? ¿Para qué hacer «sobrenadar» el caló?

A esto sólo responderemos una cosa. Ciertamente; la lengua que ha hablado una nación ó una provincia es digna de interés; pero es más digna aún de atención y de estudio la lengua que ha hablado la miseria.

La lengua que ha hablado en Francia, por ejemplo, por más de cuatro siglos, no solamente una miseria, sino la miseria, toda la miseria humana.

Y, además, insistimos en ello: estudiar las enfermedades y las deformidades sociales, y designarlas para curarlas, no es una necesidad en que se permite la elección. El historiador de las costumbres y de las ideas no tiene una misión menos austera que el historiador de los sucesos. Este tiene en la superficie de la civilización las luchas de las coronas, los nacimientos de los príncipes, los casamientos de los reyes, las batallas, las asambleas, los grandes hombres

públicos, las revoluciones á la luz del día, todo lo exterior; el otro historiador tiene el fondo, el pueblo que trabaja, que padece y que espera, la mujer oprimida, el niño que agoniza, las guerras sordas de hombre á hombre, las ferocidades oscuras, las preocupaciones, las alarmas fingidas, los efectos indirectos y subterráneos de las leyes, las evoluciones secretas de las almas, los estremecimientos indistintos de la multitud, los pobres que mueren de hambre, los que andan con los piés desnudos, los desheredados, los huérfanos, los desgraciados y los infames; todas esas larvas que andan vagando en la obscuridad. Le es necesario descender con el corazón lleno de caridad y de severidad á un mismo tiempo, como un hermano y como un juez, hasta esas casamatas impenetrables, en que se arrastran confundidos los heridos y los que hieren, los que lloran y los que maldicen, los que ayunan y los que devoran, los que sufren el mal y los que le cometen. Estos historiadores de los corazones y de las almas, ¿tienen acaso deberes menos importantes que los historiadores de los hechos exteriores? ¿Se cree que Dante tiene que decir menos que Maquiavelo? ¿Acaso lo inferior de la civilización, sólo porque es más sombrío y más profundo, es menos importante que lo superior? ¿Se conoce bien la montaña cuando no se conoce la caverna?

Pero consignemos aquí, antes de ir más adelante, que, á pesar de las palabras anteriores, no puede inferirse que haya entre las dos clases de historiadores una diferencia, una barrera que no existe en nuestra mente. Nadie puede ser buen historiador de la vida patente, visible, alumbrada, pública de los pueblos, si no es, al mismo tiempo y en cierta magnitud, historiador de su vida profunda y oculta; y nadie es buen historiador de lo interior, si no sabe ser, siempre que sea necesario, historiador de lo exterior.

La historia de las costumbres y de las ideas penetra la historia de los sucesos y recíprocamente. Son dos órdenes de hechos diferentes que se corresponden, que se encadenan siempre y se engendran mutuamente con frecuencia. Todas las líneas que la Providencia traza en la superficie de una nación, tienen sus paralelas sombrías, pero claras, en el fondo, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos en la superficie. Como la verdadera historia se introduce en todo, el verdadero historiador tiene que introducirse en todo.

El hombre no es un círculo de un solo centro; es una elipse de dos focos; uno, le constituyen los hechos; otro, las ideas.

El caló no es más que un disfraz con que se cubre la lengua cuando va á hacer algo malo. Se reviste de palabras con máscara y de metáforas con harapos.

Y así se hace horrible.

Cuesta trabajo conocerla. ¿Es la lengua francesa esa gran lengua humana? Ahí está dispuesta á entrar en escena y á dar la réplica al crimen; propia para todos los empleos del repertorio del mal. No progresa, cojea; cojea con la muleta de la Corte de los milagros; muleta que se metamorfosea en una maza; se llama truhanería; todos los espectros, que son sus camareros, la han estropeado; se arrastra y se levanta, lo cual constituye el doble movimiento del reptil. Es propia para todos los papeles; la ha hecho ambigua el falsario, verde-gris el envenenador; está carbonizada por el hollín del incendiario; el asesino le presta el color rojo.

Cuando se escucha del lado de las personas honradas á la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que están fuera. Se oyen las preguntas y las respuestas. Se percibe, sin comprenderlo, un murmullo repugnante que suena casi como la voz

humana, pero que se aproxima más al ahullido que á la palabra. Es el caló. Las palabras son deformes, y están impregnadas de una especie de bestialidad fantástica. Parece que se oye hablar á hidras.

Este lenguaje es lo ininteligible en lo tenebroso; rechina y cuchichea, y completa el crepúsculo con el enigma. La noche mora en la desgracia; pero es aún más tenebrosa en el crimen. Estas dos negras sombras amalgamadas componen el caló. Oscuridad en la atmósfera, oscuridad en las acciones, oscuridad en las palabras. Espantosa lengua reptil, que va, viene, salta, se arrastra, babea y se mueve monstruosamente en esa inmensa bruma oscura, compuesta de lluvia, de noche, de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno; mediodía de los miserables.

¡Compadezcamos á los castigados! ¡Ah! ¿Qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo que os hablo en este momento? ¿Qué sois vosotros que me escucháis? ¿De dónde venimos? ¿Estamos seguros de no haber hecho nada antes de haber nacido? La tierra no deja de tener semejanza con un presidio. ¿Quién sabe si el hombre no es más que un sentenciado de la Justicia Divina?

Mirad la vida de cerca y veréis que es tai, que en toda ella se encuentra el castigo.

¿Sois lo que se llama un ser feliz? Estáis triste todos los días. Cada día tiene su disgusto y su pequeño cuidado. Ayer temblábais por una salud que os es querida, hoy teméis por la vuestra; mañana tendréis una inquietud por el dinero; pasado mañana os inquietará la diatriba de un calumniador; el otro la desgracia de un amigo; después el tiempo que hace; después cualquier cosa que se rompa ó se pierda; después un placer que la conciencia ó la columna vertebral os echan en cara; otra vez la marcha de los

negocios públicos. Y esto sin contar las penas del corazón y así sucesivamente. Apenas se disipa una nube, se forma otra; apenas hay un día de sol y de alegría entre ciento. Y, sin embargo, sois del pequeño número que goza de la felicidad. En cuanto á los demás hombres, la eterna noche se cierne sobre ellos.

Los ánimos reflexivos usan muy poco esta alocución: los felices y los desgraciados. En este mundo, vestíbulo de otro evidentemente, no hay seres felices.

La verdadera división humana es ésta: los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el de los luminosos; tal es el grande objeto. Por esto gritamos: ¡Enseñanza! ¡Ciencia! Aprender á leer es encender el fuego; toda sílaba deletreada brilla.

Pero el que dice luz, no dice necesariamente goces. También se padece en la luz, porque el exceso quema. La llama es enemiga de las alas. Arder sin cesar de volar es el prodigio del genio.

Cuando sepáis y améis, padeceréis aún. El día nace con lágrimas. Los luminosos lloran, aunque no sea más que por los tenebrosos.

## II

## RAÍCES

El caló es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se conmueve en sus más sombrías profundidades: la filosofía social se sumerge en las meditaciones más dolorosas en presencia de este enigmático dialecto, á un mismo tiempo humillado y rebelde.

Allí es donde se encuentra el castigo visible. Cada sílaba tiene una significación marcada.

Las palabras de la lengua vulgar se presentan en el caló como contraídas y retorcidas por el hierro enrojecido del verdugo, y algunas parece que están humeando aún. Tal frase produce el mismo efecto que la marca de la flor de lis de un ladrón, á quien se desnuda de repente. La idea se opone siempre á dejarse expresar por esos sustantivos perseguidos por la justicia. La metáfora es algunas veces tan descarada, que se conoce que ha estado en la argolla.

Por lo demás, y á pesar de todo esto, y aún á causa de todo esto, esa jerga extraña tiene de derecho su habitación en el gran estante imparcial, en que hay un sitio para el ochavo oxidado como para la medalla de oro, y que se llama literatura. El caló, quierase ó no se quiera, tiene su sintaxis y su poesía: